

lugar del *noein* ni al revés, ni tampoco ser un complemento de lo artístico y lo estético. La filosofía de Dewey se basa en la convicción de que un acontecimiento político puede resolver el problema de la existencia, de que la democracia puede tener también su quiliasma o, simplemente, funcionar. Esa convicción es menor en Bernstein y en Castillo. Solo la lectura puede decidir si lo será mañana.

Antonio Lastra. Universidad de Valencia
Antonio.Lastra@uv.es

BRUECKNER, A.

Essays on Skepticism, Oxford University Press, Oxford, 2010, 396 pp.

Ensayos sobre el escepticismo reconstruye el trasvase a la filosofía analítica contemporánea de un viejo debate que se produjo en la filosofía kantiana y postkantiana acerca de la viabilidad ciertos argumentos transcendentales a favor de un posible conocimiento del “*noumeno*” (capaces de superar la tendencia al escepticismo del conocimiento humano, al modo como al parecer habrían pretendido Kant, o aún antes Descartes). Brueckner reconstruye el modo como este debate se ha reeditado en la filosofía analítica más contemporánea, especialmente en los casos de Putnam, Davidson y McDowell, en la medida que fueron determinantes de las posteriores reconstrucciones del sujeto transcendental lingüístico propuestas por McKinsey, Nozick, Klein o Williamson, en contraposición a las interpretaciones críticas más recientes al respecto de Strawson, Kripke, Rorty, o Stroud, además de otros muchos, llegando en cualquier caso a conclusiones más bien negativas.

La novedad principal de este tipo de propuestas respecto de los planteamientos kantianos habría consistido en trasladar al ámbito *lingüístico* un tipo de cuestiones que anteriormente tenían un tratamiento estrictamente gnoseológico, sin que en ningún caso se trate de una reedición mimética de las propuestas ya conocidas por parte del idealismo alemán. Es más, ahora se considera que el recurso al lenguaje permitiría superar el punto de partida subjetivista, solipsista o simplemente psicologista de las formulaciones anteriores de este mismo

tipo de argumentos, para elaborar en su lugar un tipo de argumentos más objetivos y contrastables, basados en un nuevo tipo de intersubjetividad más compartida. Especialmente relevante a este respecto es el recurso a la llamada dimensión *performativa* o al *reacondicionamiento* de los llamados actos de habla respecto de un determinado contexto semiótico, en la forma como fue propuesta inicialmente por Grice, Austin, Searle, Strawson, Kaplan. En efecto, fue entonces cuando se hizo inevitable la referencia a un contexto lingüístico que inevitablemente se sitúa más allá del punto de vista meramente subjetivo de cada uno de los respectivos interlocutores de una determinada comunicación lingüística, para tener en cuenta en su lugar el *horizonte interpretativo hermenéutico* o simplemente *transcendental* donde en cada caso se llevan a cabo dichos actos de habla.

Es habitual objetar a este tipo de propuestas que el resultado final de estos debates suele ser una reedición bastante similar de las actitudes ya conocidas que se dieron en el idealismo alemán, adaptadas al nuevo contexto lingüístico en el que se formulan, sin que el recurso al lenguaje garantice un cambio de perspectiva verdaderamente superadora de los callejones sin salida generados por los planteamientos kantianos y postkantianos. Es decir, en el mayor número de las ocasiones este tipo de debates acaban teniendo una cadencia claramente escéptica, en el sentido de reconocer que la aceptación de un posible conocimiento de la realidad en sí del “*noumeno*” es una meta de suyo imposible de lograr.

Por su parte A. Brueckner mantiene un punto medio de equilibrio a la hora de reconstruir este debate. Por un lado, rechaza el escepticismo radicalizado con que Stroud, Nozick y Rorty criticaron las propuestas de tipo transcendentalista que Putnan, Davidson y McDowell hicieron de este tipo de argumentos (cuando las utilizaron para llevar a cabo una reconstrucción del sujeto transcendental lingüístico, sugiriendo una prolongación de algunas propuestas lingüísticas previas de Austin, Searle y Strawson a un ámbito más estrictamente gnoseológico, sin tampoco garantizar por ello la posibilidad de justificar un realismo que garantice un acceso privilegiado al “*noumeno*” o ser en sí de las cosas). Pero, por otro lado, Brueckner también comparte el posible uso lingüístico-transcendental que McKinsey, Nozick o Williamson hicieron de este tipo de argumentos a la hora

de reconstruir exclusivamente la pre-estructura del comprender *a priori* que el sujeto humano se asigna a sí mismo (aunque ello suponga introducir una ruptura radical respecto un posible conocimiento del mundo extramental y los demás interlocutores sociales, dando lugar a un individualismo solipsista aún más radicalizado).

En cualquier caso, ahora se considera que el recurso a este tipo de argumentos transcendentales está en el fundamento de un gran número de proyectos programáticos de tipo analítico, o más bien postanalítico, muy ambiciosos en el ámbito social y político, como fueron los propuestos por los autores ahora mencionados, a pesar de no ser definitivamente capaces de eludir el fantasma del escepticismo que siempre acecha a este tipo de planteamientos lingüístico-transcendentales. En su opinión, los defensores de este tipo de argumentos no terminan de proponer una teoría de la verdad proporcionada a las pretensiones tan ambiciosas de sus proyectos programáticos, de modo que habitualmente aquí y ahora no pueden garantizar la efectiva validez de una proposición, dejando siempre abierta la posibilidad de un escepticismo. Se rechaza así la aparición de un escepticismo radicalizado que niega la existencia de cualquier tipo de verdad, pero simultáneamente se sigue postulando un escepticismo gradual o jerarquizado donde se siguen declarando inviable una posible propuesta de articulación entre las diversas teorías de la verdad.

Para alcanzar estas conclusiones la monografía se divide en cuatro partes: 1) *Los argumentos transcendentales en contra del escepticismo* analiza la formulación de este tipo de argumentos en Descartes, Kant y especialmente en Searle, Putnam, Davidson, Burge, Stroud, tanto en su versión radicalizada como moderada, tanto externalista como internalista, en contraposición a las críticas recibidas en ambos casos por parte de Rorty, Guyer y otros; 2) *La respuesta semántica al escepticismo* muestra las valoraciones positivas que de este tipo de argumentos propusieron Putnam, Davidson y McDowell, ya sea a la hora de aplicar al cerebro la metáfora del tanque, del programa de un computador, de un autorreflector, de un principio de caridad, de un principio omnisciente, o de un siempre posible conocimiento del singular; 3) *El autoconocimiento* analiza el problema del lenguaje desde un punto de vista externalista e internalista, deteniéndose especialmente en la polémica que Kindsey mantuvo con Brewer y C. Wright acerca

del carácter anti-individualista que siempre tendrá la mediación de unas determinadas estructuras *a priori* del lenguaje; 4) *Escepticismo y cierre epistemológico* analiza las posturas de Nozick, C. Wright, Klein, Williamson, acerca de los diversos grados de escepticismo que es posible mostrar en correlación a las correspondientes teorías de la verdad, rechazando la viabilidad de un escepticismo radicalizado, pero sin admitir tampoco la posibilidad de una articulación entre las teorías de la verdad que fuera verdaderamente capaz de contrarrestar la tendencia al escepticismo de este tipo de argumentos.

Para concluir, una reflexión crítica. La monografía está especialmente centrada en Putnam y en las posteriores ramificaciones que tuvieron sus propuestas. Se resalta también la tendencia muy sintomática de la filosofía analítica a trasvasar en clave lingüística viejos debates de la filosofía kantiana en una perspectiva que sin duda enriquece el debate, pero que en la mayoría de las ocasiones sigue dejando los problemas igual que estaban. En este sentido, el debate acerca del valor de este tipo de argumentos transcendentales se sigue situando deliberadamente a un nivel lingüístico estrictamente “representacionista”, como si se tratara de justificar una correspondencia mimética o isomórfica entre las palabras y el objeto al que se remiten, cuando este tipo de argumentos habría que situarlo más bien a un nivel previo más profundo de tipo “intencional”, donde verdaderamente se cuestionen los presupuestos transcendentales que a su vez permiten seguir aspirando a una mejor correspondencia entre el lenguaje, el mundo y sus posibles interlocutores, al modo como exigiría un análisis hermenéutico más articulado del papel antropológico básico desempeñado por una auténtica *preestructura del comprender*. En cualquier caso, Brueckner limita el análisis de este tipo de argumentos a unas corrientes filosóficas muy determinadas, sin tener en cuenta otras propuestas más abiertas acerca de un posible conocimiento de la realidad extramental, como fueron las propuestas de Anscombe, Geach, G. H. von Wright, MacIntyre o C. Taylor, dentro del propio ámbito analítico, por no mencionar a otras propuestas provenientes de otras tradiciones de pensamiento diferentes.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es